

Mike Wilson. *NÉMESIS*. Santiago: s/e, 2020. 151 pp.

Cada libro de Mike Wilson es un experimento. Un experimento helado. Un experimento visionario. *Leñador* (2013), *Ártico* (2017) y *Ciencias ocultas* (2019) son solo algunos títulos previos que dan cuenta de sus inquietudes como narrador. *Némesis* invita a una especial experiencia de lectura desde su misma materialidad como libro: de tapas duras, en colores gris y negro, con tan solo las iniciales de su autor en la portada y sin indicación editorial, bien podría ser un tratado apócrifo, una teogonía secreta de la que Mike Wilson (MW), su autor, es el último profeta. Nada más abrir el libro, la escritura a dos columnas evoca materialmente la lectura del Antiguo Testamento; la escritura formulaica (“y vio que era bueno”, se reitera a lo largo de estas páginas) es también una forma de explorar la voz de lo sagrado y arcaico en nosotros. Pero hay todavía muchas otras evocaciones.

Autor de una prosa cada vez renovada, en que lo descriptivo y exploratorio prima por sobre la narración de acontecimientos, esta vez Wilson recrea una atmósfera que no solo trae a colación evidentes referencias bíblicas, sino que también parece beber de literaturas de los siglos XIX y XX que hurgaron en lo fantástico a través de la creación de sus propias cosmogonías y monstruos. Los ejemplos clásicos de esto son los norteamericanos H.P. Lovecraft y Edgar Allan Poe, pero en el caso de este libro, hay también cierta evocación de la literatura patibularia del belga Jean Ray, que encuentra en los primeros escenarios de esta novela —una taberna que lleva el nombre de un barco naufragado, Arcadiau— un espejo apocalíptico.

Los breves capítulos alternan una compleja cosmogonía, fundada en la oquedad, el vacío o la nada, y las historias de los habitantes de la “ciudad chueca”, quienes enfrentan un día la némesis (más que la diosa de la venganza, la presencia temible de la justicia y el equilibrio), el día del juicio o apocalipsis (palabra griega que significa “revelación”). Cada capítulo tiene un número romano y un título, la mayoría en la misma gramática religiosa antes descrita: “Arcángel”, “Acólito”, “Teofanía” son algunos ejemplos. Confluyen así una historia de millones de siglos y otra que debiera transcurrir en apenas unas horas, pero que a través de la cuidada estrategia narrativa de Wilson demora cada segundo. Una historia eterna que se traduce en segundos y la violencia de segundos que se hacen eternos por medio de este reloj que Wilson conoce tan bien y que se llama relato. El libro está lleno de vericuetos y supongo que a muchos no les importará demasiado detenerse en su narrador, que se revela en las primeras páginas pero luego se diluye en la fuerza de una historia de dimensiones galácticas:

el testigo que inicia la narración es un hombre al que le da muerte un niño: “siento que expiro en la ciudad inclinada. No dejo de pensar en el frío que crece en mí y en la tibieza del charco de sangre”. El asesinato coincide con el desembarco en el puerto de un gigante, un monstruo que irá aniquilando y destruyendo las diversas locaciones de esta isla, en una geografía (la taberna, la forja, la asamblea, el observatorio, la cárcel, el monasterio, el orfanato, el mercado oriental) que algo tiene de tablero de juego (o, en los tiempos que corren, de videojuego).

Como en otros relatos apocalípticos contemporáneos, se observan dos cuestiones estructuralmente importantes: el empleo del dualismo (Lois Parkinson Zamora lo plantea como un elemento distintivo de las ficciones apocalípticas)¹, expresado incluso numéricamente, y que aquí se traduce en el relato de cómo se formó el mundo y la existencia de un dios separado de su creación y en conciencias bifurcadas que a lo largo de los siglos han olvidado la palabra originaria, se han alejado de la luz:

Antes del mundo solo había vacío y así fue. Antes del vacío del haber no significaba. [...] Y aconteció que había una existencia que se alojaba en una cámara remota, y que en ella una voluntad deseó abrir otro espacio, una oquedad nueva para así bifurcar el universo. Y fue así que un cosmos viviente y con volición se dispuso ante un universo en potencia, aún ausente y sin abrir. Y cuando los susurros que manaban de la primera cámara se hendieron en la nada absoluta, la volición de esta voz surcó una abertura e inauguró un vacío, y en aquel vacío abrió un espacio, así una segunda cámara fue creada de la oquedad y los susurros vieron que era buena. Y en esa segunda cámara el espacio fue dividido y los vacíos se apartaron de la materia, y de la entropía la materia se ordenó....

La estructura dual de las cámaras atraviesa la novela en un juego que superpone creación y nada, lenguaje y silencio, movimiento y reposo. Rica en imágenes, la novela también sugiere superposiciones y dualismos manifiestos en otros detalles, como la fusión de la imagen de un grupo de monjes víctimas de un hundimiento del monasterio en el mar —quienes en el fondo del océano figuran como ángeles y mascarones del abismo—, y los cuerpos de los muertos que el gigante destructor arroja a un barco en altamar y quedan enganchados de sus mástiles: “Y en ambas embarcaciones los cadáveres, tanto los pálidos como los ennegrecidos, mecen sin viento ni olas, se columpian bajo su propia voluntad, empujados por un ímpetu invisible e irrefutable”. La imaginación de Wilson es vasta y suma muchas otras yuxtaposiciones (como la

¹ Parkinson Zamora, Lois. *Narrar el apocalipsis. La visión histórica en la literatura estadounidense y latinoamericana contemporánea*. México: FCE, 1996.

historia de una mujer contrahecha que viene a ser un relato renovado de la pasión cristiana). Es inevitable, por la impronta visual de su novela, que dialogue con otras múltiples referencias religiosas, cinematográficas y literarias (como la que particularmente observo en el intento de huida de los hermanitos olvidados por sus padres, en relación con otra historia de aliento religioso, *La noche del cazador*).

A propósito del apocalipsis, el crítico norteamericano Frank Kermode escribió que existe un tiempo transicional, previo al fin, que se consolidó en el imaginario de fines del siglo XII a raíz de las admoniciones milenaristas de Joaquín di Fiore². Ese tiempo transicional es el del reinado de la Bestia y es en gran medida el tiempo que narra la novela de Wilson, ese momento de antesala al fin, en que gobiernan el caos y la destrucción de lo humano. El hombre gigante, llamado aborto, monstruo, demonio, irrumpe como un asesino que arrasa con todo y que encuentra un acólito en el último presidiario de la cárcel. Este tiempo previo al fin (la novela, como otras novelas apocalípticas, culmina en la ausencia absoluta, el abandono, el olvido y la destrucción de la propia escritura) está marcado por el vaivén de las cosas, por su mutabilidad (manifiesta en la sobreposición de las imágenes). Un tiempo en que nada se está quieto: el viento ulula, el mar se agita, las estrellas mueren y los personajes se desplazan constantemente. Incluso hay movimiento en la mirada extática de los hermanitos que observan el juego de las llamas en busca de un dios que los ampare. Todo este movimiento contrastará con la extinción del hilo de luz que sostenía el mundo; petrificado, el hombre gigante, la bestia, anuncia inmóvil el comienzo de la oscuridad absoluta, tan difícil de imaginar.

El libro de Mike Wilson fue publicado en octubre de 2020, en los peores meses de una pandemia que cambió dramáticamente nuestras vidas. Es un libro que parece emerger de esa fiebre, de un fervor místico que se interroga por el silencio de dios en un mundo atravesado por el dolor y la desmemoria. Teogonía, cosmogonía, teosofía e incluso elucubraciones científicas y matemáticas son dispuestas aquí con fervor y al mismo tiempo, con una contenida maestría que permite que las historias contadas (la de la mujer coja, los hermanitos, el niño asesino, el acólito de la bestia, el ferrocarrilero asesinado, la cosmóloga) sean algo más que entradas alegóricas de la condición humana, la santidad y la bajeza, y adquieran valor por sí mismas, no sin una cuota de legítimo y literario suspenso.

Lorena Amaro
Pontificia Universidad Católica de Chile

² Kermode, Frank. *El sentido de un final. Estudios sobre la teoría de la ficción*. Barcelona: Gedisa, 1983.